

Una aventura increíble

Una niña llamada Verónica, venía del colegio muy fatigada de tanto saltar a la comba en el recreo. Al llegar a casa, Verónica no se esperaba que su madre, Ester, le hubiera preparado su merienda preferida: tortitas con nata y sirope de chocolate. Al terminar de merendar, como era viernes, no tenía que hacer deberes. El resto de la tarde lo pasó jugando con su hermana Ruth imaginando que eran hadas.

Al irse a la cama, Verónica no estaba muy cansada y como le costaba dormirse, empezó a leer un libro que iba sobre un mundo mágico llamado Magidand.

Al levantarse, Verónica no estaba en su habitación de paredes lilas y muebles blancos. Estaba en un bosque con setas de colores, flores exóticas y plantas con purpura. Verónica se impresionó mucho al ponerse de pie y no tocar el suelo, ¡podía volar!

Se trasladó hacia el norte y se encontró con un chico mezcla gnomo alto y niño. Verónica se enamoró en el mismo instante en que le vio, pero, no le pudo preguntar su nombre porque se fue corriendo.

¡Al chico le seguía un hada! Verónica se acercó hacia el hada y le preguntó:

- ¿Cómo se llama ese chico?

- ¡¿Qué cómo se llama?! Es el príncipe Carlos - dijo el hada.

- ¿Y tú, cómo te llamas? - preguntó la niña.

- Me llamo Rosalinda, pero me puedes llamar Linda.

- Yo Verónica, y no sé cómo he llegado aquí - le afirmó.

- ¿Te puedo llamar Vero? - Linda le preguntó.

- Claro, así me llama mi hermana Ruth.

- ¿Por qué perseguías al muchacho? - interrogó Vero

- Porque me había robado un par de baibarrinas, le encanta jugar - le respondió.

- Linda, me he enamorado de él en el primer instante en que lo he visto. ¿Me puedes ayudar a encontrarme con él y conocernos? - habló Verónica.

-Claro, ¿cómo no? - dijo Linda.

-¿Hacia dónde vamos? - preguntó Vero entusiasmada.

-Hacia el castillo de cristal - respondió Linda.

-¡Vamos! - dijo Vero.

Linda y Vero anduvieron sin pararse hasta el puente colgante más largo y más alto de Magidaund. Verónica tenía tanto miedo a caerse que le dijo a Rosalinda:

- ¡Qué suerte!, tu puedes pasar volando.

- Pero Vero, ¿tu también puedes volar! - dijo Linda excitada.

- ¡Es verdad! - exclamó Verónica. - ¡se me había olvidado.

Rosalinda y Verónica llegaron sin problemas hasta la cueva más larga, más estrecha y más baja del todo ese mundo.

En este momento, a Verónica se le ocurrió una idea. Entrar en esa cueva pero de una forma que a nadie se le hubiera ocurrido. Verónica lo que pensó fue:

- "Como las hadas tienen polvos mágicos, pueden hacernos pequeñas y así también, entraremos más fácilmente en el castillo".

Así fue, Vero y Linda hicieron lo que planearon. Fue todo sobre ruedas. Hasta que llegaron al castillo. Había dos gigantes delante de la puerta sin dejarla a la vista. Las dos amigas, que seguían siendo pequeñas, volaron hasta el hueco de la cerradura y se introdujeron por él. Subieron sin que nadie las viera hasta la habitación del príncipe Carlos.

Allí se volvieron a transformar en su tamaño normal. Clamaron a la puerta. Cuando Carlos abrió la puerta y cruzó su mirada con la de Verónica se enamoró al instante, tanto, que sintió un deseo incontrolable de besarla. Verónica cerró los ojos, cuando los abrió se dio cuenta que todo había sido un bonito sueño al ver que se encontraba en su cama, en su habitación.

Ginny Weasley

Me he inspirado en redactar esta historia en el amor prohibido, aunque yo no tengo un amor prohibido conozco a una amiga que tiene un amor prohibido. En esta historia hablo sobre una niña, como yo, que ama a un gnomo que no le corresponde.

Ginny Weasley